

# La marcha del orgullo LGBTTI en el espacio público de la Ciudad de México. Transitando por los caminos de la libertad

Rodrigo Llanos Flores<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

El siguiente capítulo trata sobre un ejercicio de observación etnográfica realizada sobre una práctica particular de apropiación del espacio público, la marcha del orgullo gay en la Ciudad de México. Este trabajo forma parte de mi investigación doctoral en el programa de posgrado en ciencias políticas y sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México y tiene un radio mayor, orientado a reconstruir el proceso de interiorización<sup>2</sup> de género en varones homosexuales, cuyas prácticas se encuentran signadas —desde mi punto de vista— por dos lógicas de organización de la existencia social: el VIH/SIDA y el matrimonio igualitario.

La población de este complejo entramado de identidades, prácticas y emociones denominado *diversidad sexual* ha tenido un creciente proceso de visibilidad desde finales de los años setenta (Dehesa, 2015). A partir de una larga trayectoria de luchas y disputas sociales se han cristalizado políticas públicas orientadas a establecer un marco de derechos. Con la aprobación de las leyes que favorecen las sociedades de convivencia y la no discrimina-

<sup>1</sup> Candidato a doctor en ciencias políticas y sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

<sup>2</sup> La *interiorización* entendida bajo la lógica de la constitución de un *habitus* masculino homosexual. Sigo a Pierre Bourdieu en la noción de *habitus* como el conjunto de disposiciones que conforman los esquemas de percepción y apreciación del mundo; en este caso, esquemas que configuran su posición en el campo de las relaciones sociales del género y la sexualidad de los varones en cuestión.

ción, y la implementación del matrimonio igualitario en marzo del 2010, este colectivo ha podido disfrutar de un contexto que hace posible un mayor ejercicio de derechos como ciudadanos y ciudadanas y, por ende, una apropiación efectiva del espacio público. Esto permite su visibilidad no sólo como un público consumidor para la gran cantidad de bares o centros de encuentro, dispersos por barrios particulares dentro de la ciudad, sino también por una cultura más abierta —al menos hacia su segmento masculino— a la expresión pública de la afectividad y la relación social entre personas del mismo sexo.

En este sentido, la marcha del orgullo gay puede ser entendida como un componente medular de complejas estrategias y prácticas que se resisten tanto a las lógicas culturales que reproducen los esquemas del género y la sexualidad como a las que buscan normalizarlas, hacia las formas más tradicionales de organización social. Asimismo, la marcha se constituye en una práctica socioespacial de reconocimiento (Fraser, 2008), social y subjetivo, que opera en un amplio espectro, como crisol de microidentidades, que evidencia distintas experiencias de una *ciudadanía íntima* (Plummer, 2003); retomando lo que alguna vez el feminismo proclamó de forma certera, lo personal es político, se encuentran y desencuentran dentro de una misma trama la desigualdad social y la de género

#### LA CIUDAD Y SUS ESPACIOS DE LIBERTAD

En la Ciudad de México, como en otras ciudades del mundo, la marcha es un referente emblemático de la llamada comunidad lésbico-gay. Una comunidad autosignada lentamente que ha cobrado mayor visibilidad dentro del espacio social en las últimas décadas. Si bien una historia de ella puede ser rastreada desde comienzos del siglo xx en la Ciudad de México, su posición

afirmativa dentro del campo de las relaciones de género lleva la marca de lo contemporáneo. La conjunción de factores de índole local y de procesos más globales ha permitido la proliferación tanto de identidades sexuales no heterosexuales como de expresiones culturales que van tejiendo hilos para instituir una ciudadanía heterogénea, un aspecto que caracteriza a la misma comunidad.

La presencia de bares y discotecas desde hace mucho tiempo en la Zona Rosa y en el centro histórico ha proporcionado un espacio para el encuentro social y afectivo de la comunidad, y ha desempeñado un papel importante en su recomposición cultural (Laguada, 2011; Osorno, 2014). Un ejemplo de esto es la expansión hacia colonias como la Condesa y la Roma, el espacio urbano que actualmente está concentrando el interés de ciertos segmentos de la población lésbico, gay, bisexual, transexual, transgénero e intersexual (LGBTTI), evidenciando, por lo demás, cambios en los gustos y perfiles sociales de sus ciudadanos.

Ésta es una segmentación que va confirmando cada vez más la multiplicidad de sensibilidades y apreciaciones de una comunidad que lejos de volverse homogénea ha multiplicado sus pliegues, que intersectan cuestiones de clase, étnicas, gustos culturales, accesibilidad, entre otras, con lo que producen y reproducen tensiones en todos los campos de relaciones, tanto de género como urbanas.

Un paseo por el centro histórico podría representar una muestra de esta segmentación; antros orientados a un público más juvenil, como el Marrakech y la Purísima, y otros dirigidos hacia una población más adulta, como el Viena y el legendario Oasis, instalados todos en la calle República de Cuba, por la cual transita un particular *collage* social; “fresas”, “nacos”, “hipsters”, clasemedios, estudiantes universitarios y de preparatoria, trabajadores precarizados, turistas y residentes, toda una gama social.

De la misma forma, en la Zona Rosa, a un costado de la avenida Paseo de la Reforma, los “vaqueros” y los “osos” se hacen presen-

tes en la avenida Florencia y en la calle Londres, representando la dimensión más “masculina” de la comunidad. Para jovencitos, en la calle Amberes se encuentran unos miniantros con música del momento, lugares para cantar en *karaoke*, como la Botica. No obstante, la otrora *gay street*, en voz de Laguarda (2011), ya no ostenta el *glamour* de lo diverso, pues se ve cada vez más deteriorada. Rumbo al sur de la ciudad, por avenida Insurgentes, llegando al metro Chilpancingo, nos encontramos con el legendario antro para los amantes del cuero y la oscuridad, el bar Tom’s, y por esa misma ruta también tropezamos con un sauna particular para los encuentros sexuales entre varones, la legendaria Casita.

#### LA MARCHA Y SU LUGAR EN LA CONFIGURACIÓN DE LO LGBTTI

Mi idea de participar en la marcha estaba dada por el objetivo de identificar algunas de las prácticas sociales y espaciales más significativas que estos individuos construyen y resignifican en la ciudad y los espacios públicos —como agentes de un campo de relaciones sociales de género—, en el sentido de rastrear las maneras y formas de apropiación de un marco socio-espacial signado por disputas y conflictos por el reconocimiento social de diferentes actores.

Un ejercicio de esa visibilidad y ese reconocimiento de este colectivo está presente en la marcha del orgullo LGBTTI, conocida común y socialmente como *la marcha del orgullo gay*. Un hito que parte de lo ocurrido en Nueva York a finales de los años sesenta que es resignificado en el transcurso de las últimas décadas por movimientos de organizaciones de la comunidad LGBTTI como un punto de inflexión en la lucha por los derechos y la no discriminación.

A pesar de que el término *gay* comienza a ser empleado por los homosexuales anglosajones, particularmente por los de Estados Unidos, para referirse a sí mismos, la historia de la comunidad en ese país, y particularmente Nueva York, data de finales del siglo XIX. Su designación pasa a convertirse en una reivindicación política luego de los sucesos en Greenwich Village, en el bar Stonewall, el 28 de junio 1969, cuando una decena de hombres homosexuales se negaron a ser detenidos por una redada policiaca. Los desórdenes continuaron por varios días, y en los años subsiguientes por las calles de Greenwich Village desfilarán hombres y mujeres homosexuales y transgénero, conmemorando ese 28 de junio como el día del orgullo gay. De esta forma, el término *gay* se configura identitaria-reivindicativamente y se relaciona con el movimiento político por los derechos civiles en Estados Unidos.

## EL ESCENARIO

El lugar escogido para la reunión es el Paseo de la Reforma, y el punto de referencia es el Ángel de la Independencia, lugar emblemático tanto para las celebraciones por triunfos deportivos como para las protestas sociales. Yo, un sujeto homosexual, chileno de 41 años, una edad simbólica para la comunidad gay en México,<sup>3</sup> me dispongo a recorrer también el camino de esta manifestación como expresión pública de un ser social.

La Ciudad de México puede considerarse sin duda un lugar privilegiado para comprender las diversas dinámicas que ocurren en este campo en particular, el mundo de la “comunidad LGBTTI”; una muestra de esto es la implementación del matrimonio entre

<sup>3</sup> El suceso conocido como “el baile de los 41”, que hace referencia a la detención de sujetos homosexuales a principios del siglo XX, entre los cuales se encontraban personajes de la élite mexicana de la época.

personas del mismo sexo, que ha sido un referente para la región latinoamericana (Diez, 2015).

La autodenominada comunidad reúne identidades gays, lésbicas, bisexuales, transexual, transgénero e intersexual, y las demás letras del abecedario.<sup>4</sup> Esto no es un asunto superficial o sólo de la forma de nombrarla; al contrario, el acrónimo, siempre en transformación, impone su lógica plural y confusa para un mundo social acostumbrado a los códigos identitarios más bien rígidos y binarios, donde sólo caben hombres y mujeres, homo y heterosexuales, impregnados de un valor simbólico y cultural desigual.

Gracias a una historia de luchas políticas y sociales, la Ciudad de México, tanto en sus leyes como en su espacio social, es un oasis de derechos con respecto al resto de la República en general. Las sociedades de convivencia aprobadas en 2006, el matrimonio igualitario aprobado a finales del 2009, el derecho al aborto, las leyes para evitar la discriminación, parecen ubicar a esta ciudad como un centro para la proliferación de la diversidad y el respeto.

La marcha en que participé y narro aquí es la del 27 de junio de 2014. No había podido asistir a las marchas anteriores desde mi llegada a Ciudad de México, en agosto de 2011. Para asistir a mi primera marcha del orgullo LGBTTI en México me había puesto de acuerdo con mis amigos —cuya relación he construido en estos años de estancia— Jorge (40 años) y su pareja (40 años), de nacionalidad brasileña, también radicados en la Ciudad de México, y Jesús (47 años), mi compañero de departamento, quienes

<sup>4</sup> Q es la más reciente incorporación a este abanico identitario. Las identidades *queer*, así llamadas, tienden a reunir las expresiones sexo/genéricas que intentan escapar de la lógica de las divisiones binarias y de cualquier tipo de identificación, clasificación o etiquetamiento, pues su comprensión de los fenómenos identitarios está más vinculada en el ámbito del *performance*, en el sentido de creación y reformulación de éste. Las reflexiones de la filósofa Judith Butler, y las consideraciones de personas como Beatriz Preciado, entre otras, han marcado su impronta.



1. El Ángel de la Independencia, el punto de inicio de la marcha del orgullo LGBTTI.

de alguna forma me acompañarían dándome algunos consejos y aclarando mis dudas, guiándome, como lo han hecho también por toda la ciudad, en la forma en que se ha vivido esta fiesta. Sin embargo, entre tanta gente, sólo pudimos encontrarnos mucho más tarde, pues los teléfonos celulares no funcionaban, creo que por saturación. Según los organizadores, a medio día la convocatoria sumaba a algo más de quinientas mil personas.

Mi idea era ser un observador participante, dispuesto a intervenir en esa lógica tradicional de la experiencia etnográfica, pero el hecho de ser un “nativo” me permitía llevar a cabo este trabajo con una óptica y un matiz diferentes, pues una de las premisas que orientan particularmente este oficio de investigador es ser parte de la misma “tribu”, la manera en que para bien o para mal me involucro en este andamiaje. En este sentido, la noción de

“ser nativo del campo” implica de manera indirecta un guiño con sarcasmo al proceso que en cierta antropología ha producido el conocimiento de *lo otro*. El exotismo del grupo social se pierde o desdibuja cuando creo ser parte también de una construcción cultural, en la que estoy inmerso como hombre homosexual, como extranjero estudiando en México, y específicamente cuando me concentro y hago un recorte de la complejidad procesal de la vida de estos varones homosexuales cuyas historias forman parte también de la mía.

Siento que es necesario mencionar esto, aunque parezca redundante, la mirada que tengo sobre el objeto de estudio; nombrarla y, a la vez, objetivar a ese sujeto de la objetivación puede darme pistas y diferentes aproximaciones, algunas tan cercanas y familiares que no las noto, y al no hacerlo no las describo adecuadamente, poniendo en juego dentro del análisis suposiciones no explicitadas o tan alejadas y extrañas para mí que dificultan el entendimiento, leyendo de forma etnocéntrica prácticas que tienen significaciones precisas en el campo de sentido en donde se realizan.

Sin embargo, no paso por alto las posiciones y disposiciones incorporadas en el transcurso de mi trayectoria de vida, que finalmente hacen posible apreciar y distinguir las prácticas y la vida de una forma u otra. Uno de los aprendizajes más importantes de este proceso de incursión e inmersión en el campo fue el conocimiento de la “cultura gay” del otrora Distrito Federal, hoy Ciudad de México. El lenguaje, en primer lugar; las formas no escritas ni explícitas del comportamiento y las prácticas socioculturales: la *jotería* y sus diferencias con el albur; el *metreo* como práctica de seducción en el último vagón del metro; los espacios de sociabilidad en los barrios y los antros. Una ciudad de *chavos* y *rucos*, de *fresas* y *nacos*, de *mirreyes* y *chichifos*, una ciudad que se resiste, a veces no con la fuerza suficiente, a la segregación total de los es-



pacios. Conocer a los personajes que han marcado la historia de la vida gay de la Ciudad de México es un privilegio, un orgullo. Desde el baile de los 41, pasando por Salvador Novo, Carlos Monsiváis, Jesusa Rodríguez y Liliana Felipe, el espacio cultural que han construido. Los personajes de la televisión y el espectáculo, como *la Tesorito* y *Manigüis*, que de alguna forma inundaron un espacio menos sofisticado pero con más alto impacto, así como también los actuales *youtubers* Pepe y Teo, que desmenuzan las inquietudes de una población que no conoció la sanción moral y religiosa contra la sodomía.

#### LA ENTRADA EN ESCENA

Con un cuadernillo comprado para la ocasión cerca del metro Copilco, en las inmediaciones de Ciudad Universitaria, y una cámara fotográfica para aficionados, llego al metrobús Insurgentes desde el Poliforum, pues en ese momento vivía en la colonia del Valle, que dicen es una de las colonias más conservadoras de la ciudad; me trasladé por esa vía de manera rápida, pensando en las dimensiones del desplazamiento, pues deseaba estar más o menos temprano. Era mediodía y me encontraba en la calle Génova, atestada de jóvenes, chicos y chicas que no pasaban de los 25 años. ¿Qué hacía yo entre tanta muchachada?, me preguntaba, con buen ánimo y casi feliz en algo que parecía un carnaval de colores. Muchos llegaron con lo que para mí eran disfraces. Entre *ángeles* y *mariposas*, *osos* y *vaqueros* comienzo esta travesía, vestido sin más estilo que una playera y *jeans*, tratando de no desajustarme con la muchedumbre, muchas veces adicta a un código de vestir que proporcione las claves de la eterna juventud.



2. Concentración al inicio de la marcha.

Camino entre mis paisanos hasta llegar a Reforma. La imagen se abre y cada vez aparecen más banderas del arco iris,<sup>5</sup> *drag-queen*, hombres jóvenes con ropa muy ajustada, mujeres solas con niñas y niños, sus hijas e hijos pequeños supongo, haciendo presencia las familias homoparentales también. Esto me llama la atención, y hombres más adultos en grupos de amigos, estimo a simple vista, configurando una masa algo mucho más diversa y compleja a la vez.

Mientras camino, las tiendas aledañas, de las que funcionan las 24 horas, atendiendo a una clientela no siempre amigable, sólo venden agua y refrescos; a pesar de estar acostumbradas a la actividad nocturna de la llamada Zona Rosa, yo creo que hoy “hicieron el año” con las ventas. El sonido de las calles es una mezcla de conversaciones, gritos y sonidos de música electrónica, clásica para todo antro y fiesta gay. Los comerciantes ambulantes también

<sup>5</sup> La bandera del arco iris fue creada por el estadounidense Gilbert Baker, amigo del activista Harvey Milk, en 1978. El artista confeccionó una bandera cuyas franjas de colores están relacionadas con un aspecto de la comunidad: rosa (sexualidad), rojo (vida), naranja (salud), amarillo (luz del sol), verde (naturaleza), turquesa (arte), azul (serenidad) y violeta (espíritu). Con el transcurso de los años se redujeron los colores (rosa y turquesa) por cuestiones comerciales.



3. El grito que se ha hecho conocido en el mundo.

hicieron su aparición con chapitas, playeras, brazaletes alusivos a la marcha, indicando que no hay razón alguna para desaprovechar comercialmente este hito social; el mercado se las ha ingeniado para asimilar y obtener alguna ganancia de esta demanda; el dinero es más fuerte, aunque para los ambulantes su “negocio” sea el más informal y precario.

En tanto, por ahí veo una pantalla gigante, donde se transmite el partido de futbol entre Brasil y Chile en el torneo mundial. A mí no me importa mucho; como hombre gay “ortodoxo”, el futbol no había sido parte de una afición o práctica deportiva. Sin embargo, en ese momento la hinchada mexicana en Brasil con su porra (¡Ehhhh, puto...!) empuja a debatir, sobre todo en las redes sociales, algo impensable en las décadas pasadas. Su grito de apoyo al equipo mexicano se convirtió en una discusión sobre los derechos y la discriminación en un contexto deportivo. Los insultos —y “puto” lo es— habían sido una forma de relacionarse entre

varones y una práctica común en los deportes. La naturalización de este insulto hoy se ve impelida a dar explicaciones entre lo que se considera políticamente correcto y la incorporación certera de lo que ha podido llamarse un lenguaje no sexista, no homofóbico, y no denigrante para otros grupos o sectores sociales.

Las palabras y el lenguaje se usan no sólo para nombrar el mundo, sino también para construirlo y cambiarlo. Son un campo de relaciones de poder. Las palabras son masas que se moldean, y se añejan, y que de tan duras llegan a romperse. Algunas se modifican, otras se integran, se impregnan de tiempo, transitan de un lugar a otro. En el espacio del género y la sexualidad, resintiendo además la presión de la globalización cultural y económica, la dinámica de las luchas sociales y los derechos de la comunidad LGBTTI ha impuesto unas y ha resignificado y polemizado otras.

Esto ha sido para mí un proceso de aprendizaje lento desde que llegué a México. Por ejemplo, yo confundía el albur con los comentarios “chistosos” y el ademán propio de la *jotería*<sup>6</sup> mexicana. No es lo mismo. El albur es una lucha entre actores en el campo del lenguaje; sucede entre hombres heterosexuales, entre los *bugas*; todo es doble sentido que remite al sexo, pero al sexo que se impone, al que te “coge en el habla”.

La *jotería* y el *perreo*, en cambio, son parte de los modos en que se desenvuelve el lenguaje en el mundo gay, y más específicamente de ciertos varones gays, “de las *jotísimas*”. Trato de comprender desde otro lugar, pero latinoamericano, pues una salida un poco más sencilla sería trasladar el uso del anglicismo *camp* para entender y explicar la “afectación” y el “afeminamiento” de las palabras y los gestos. Ese matiz en el habla que todo lo nombra en femenino —relacionado con las mujeres, con un toque de miso-

<sup>6</sup> Según me dicen mis amigos mexicanos, la letra *jota* hace referencia a los hombres homosexuales, y su historia se remonta a los años en que los encarcelaban en la cruzía J del antiguo penal de Lecumberri.

ginia tal vez— para humillar, para delatar humorísticamente a su contrincante y en donde no necesariamente hay una connotación sexual; es algo más amplio relacionado más bien con la jerarquización de las lógicas del género a través del uso de la violencia simbólica (García Salord, 2012), entendida aquí como el uso de los códigos de la dominación por los dominados. Presento aquí algunos ejemplos: “Te levantaste de rubia...” cuando un hombre gay parece decir tonterías. “Eres una puta y una perra”, cuando se señala a un varón de “promiscuo” sin culpa. “Este cuerpo... ¡no es de un salario mínimo!”, para responder a las críticas acerca del sobrepeso, como respuesta de clase. “Esta ropa no la compré en un tianguis ni en un Suburbia, bonita”, para manifestar que la vestimenta que se usa es de marca costosa y de algún diseñador. Por último: “En el Palacio de Hierro, y no en oferta, ¡obvio!” “No puedo tener amantes que no tengan mí mismo código postal”, refiriéndose al lugar donde se vive, claramente en alusión a los lugares exclusivos y que denotan una clase social alta... “Polanco, las Lomas, San Ángel, la Condesa... incluso la Roma... ¿Se puede vivir en otra colonia, ah?” Estas últimas, como recurso para evitar y resistir también el resto de exclusiones: “A ti te gustan sólo los chacales”, refiriéndose al gusto por los hombres de clase baja y tez morena, la mayoría de las veces con rasgos indígenas.

Otra forma de designar las identidades que están en los límites, o márgenes, entre identidad e insulto, es el uso del término *chichifo*, para designar a varones ligados al comercio sexual masculino o que usan sus atributos masculinos (sexuales) para sobrevivir a costa de otros, evidenciando un extendido clasismo y racismo en el mundo gay, que abundan en una ciudad como ésta y cuyas coordenadas están en las zonas de diversión nocturna, como la Zona Rosa.

También están los personajes que han parodiado a la población gay, que igualmente transitan del humor a la ironía, a la crítica de

los estereotipos que se dan en este mundo; ver ahora en YouTube antiguos videos, dentro Gayola en Telehit... *la Manigüis y la Tesorito...* es una clase de *jotería*.

En este sentido, y casi como un cliché, el lenguaje también organiza lo social, sus huellas quedan en el imaginario; puede además resignificarse. En este tiempo de mi estadía en México aún me pregunto: ¿Por qué se asocia el término *puto* a *cobarde*? El lenguaje no es inocente, y aunque entre “nativos” nos podemos tratar de jotos, maricones, putos y perras... se hace en femenino, además, para que sea más contundente; las palabras tienen un efecto performativo, es decir, producen algo en la realidad práctica, de ahí que muchas veces siento que tras esa *jotería* de muchos hombres homosexuales se esconde cierta misoginia. Estos y otros códigos más he tenido que aprender, y muchos ya los he integrado a mi forma hablar y practicar dentro del “ambiente”. Se puede decir también que representan una especie de homofobia, una violencia simbólica particular, o son actos de habla performativos ya resignificados, desconstruidos por los sujetos, que invierten el orden y la jerarquía de los significados. Esto siempre será no sólo un problema teórico, sino también político, para el cual no poseo una respuesta.

Si me dicen “puto” o “joto” me da lo mismo; no crecí escuchando esas palabras, no forman parte del conjunto de apelativos y prácticas discursivas que se convierten en significados y esquemas de percepción, no son parte de mi *habitus*. En cambio, si me dicen “maricón” o “fleto” o “hueco”, las palabras peyorativas que se usan en Chile para designar e insultar a los hombres gays, me hacen ruido, produciéndome algo de rabia, y espero que no vergüenza; un efecto de tiempo, de historia social e individual, que puede o no tener un anclaje relacionado con la homofobia internalizada y opera como esa violencia simbólica. No obstante, algunos varones homosexuales más jóvenes que han socializado en un contexto

más democrático y menos conservador —gracias a la expansión de internet y las políticas de derechos, entre otras— han afirmado de alguna manera su identidad desde otra posición y han resignificado esa “injuria” (Eribon, 2000) como orgullo, logrando capitalizar esos nuevos recursos, para disputarle a la lógica moral más retrograda un lugar superior en el espacio social.

Me alegro de ver cómo se puede darle la vuelta a las palabras y a las cosas, reírse de esas palabras con las cuales se quiere establecer una clasificación desde la mirada del sujeto central y hegemónico; una lucha de interpretaciones sobre el mundo, desde luego, en la cual me veo impelido a tomar posición. Creo que eso también es agencia.

Sigo tomando fotografías. Me topo con una pareja que tiene dos carteles, uno que dice “Ehhhhhh” y en el otro “Pluto”, como el personaje de Disney. Esto me parece divertido y a ellos también; hay una fila de chicos y chicas esperando para tomarse una foto con ellos. Comentan que es una forma de reírse de ellos mismos y del fútbol y su aparente homofobia; de ser menos graves e intensos, y, como se dice coloquialmente en México, “bajarle dos rayitas”.

Mientras avanzo desde Génova y luego Reforma al Ángel de la Independencia comienzo a ver los primeros *trailers* con música a todo volumen, gente gritando arriba de ellos, *djs*, muchos hombres sólo con *boxers* o trajes de baño diminutos. Caigo en la cuenta de que es una tienda de ropa interior masculina. Me acerco al que encabeza la marcha y veo algo sorprendido un *trailer* de la página del conocido buscador Google; esto es, quizá, una muestra más del posicionamiento de los derechos, el interés político y también comercial, como no, de marcas y empresas, por hacer un guiño a la comunidad que, me imagino, reditúa en amplias ganancias. Me pareció, por decir lo menos, “algo raro entre la rareza”.



4. La música de banda en el *trailer* de Spartakus.

Sin circulación, la avenida Reforma estaba cada vez más llena de gente, y los *trailers* iban uno detrás de otro, en una especie de clasificación dentro de esta misma tribu.

#### LOS ANTROS LLEVABAN LA BATUTA

Los antros tenían sus propios *trailers*, reconocí a varios: el de Spartakus, un legendario antro en Nezahualcóyotl; no lo conozco personalmente, pero mis amigos sí; un lugar donde “hay mucha vestida y chacales”, me dicen... un espacio de diversión y encuentro nocturno, donde llegan travestis, transgéneros y hombres —no necesariamente homosexuales— de estratos socioeconómicos más bajos, de tez morena y cuerpos forjados por el trabajo duro. El mito urbano señala que el director de cine español Pedro Almodóvar y la cantante Alaska han estado allí. No lleva música electrónica, pues eso es para los más jóvenes y “fresas”; lleva música grupera, de banda... esa música del norte de México, que con los efectos de la migración y el narco convenció al mercado



musical. Lleva una orquesta arriba del *trailer*, la gente lo festeja, porque ya es un gusto que ha derribado los muros de clase, al igual que las mezcalerías, que están repartidas por la Roma y la Condesa... y en Coyoacán y Tlalpan.

Sigo avanzando. Llega el turno de una página *web* que se llama Bearmex, dirigida a un grupo de varones homosexuales denominados “osos”. Llevan décadas en la comunidad gay, particularmente en Estados Unidos y Europa, y en México también tienen su lugar, su espacio. Existe un antro en calle Londres, en la Zona Rosa, llamado Nicho’s; tiene un parecido a algunos antros de la ciudad de Madrid, que son del mismo estilo. Una cuidada decoración con motivos y fetiches de los amantes del mundo osuno, incluida su garra o pata de oso y su bandera distintiva con colores del gris al café, alejándose de la estridencia multicolor del arco iris. No es un lugar para bailar, pero sí para tomarse unos tragos o beber cerveza en grupo. Hasta hace poco no se permitía la entrada a mujeres. Allí se reúne la fauna osuna, intentando emular todo un aparataje de clasificación, sofisticada o no; aquí van algunos indicios, con su respectiva traducción, pues esta comunidad intenta trasladar también las lógicas clasificatorias. ¿Una forma más de colonialismo cultural? A quienes gustan de los varones “osos” se le llama cazadores (*chasers*), a los osos jóvenes se les dice *teddy bear*, cachorros en castellano (hay una película española del mismo nombre, de 2004, que trata de la comunidad *gay-bear* y es un icono en la comunidad de osos), a los “osos maduros”, sobre los cincuenta años, *daddys*. Todos comparten características físicas y simbólicas que el sistema sexo/género ha tratado de subrayar e imponer como “masculinas”; hombres más bien obesos, velludos, algo descuidados en el vestir, o más bien vistiendo ropa holgada, con el uso casi devoto de camisas a cuadros. A diferencia del estereotipo gay, la idea es representar a ese hombre albañil —gringo quizás— de voz grave y profunda, de gestos recios, sin nada de

jotería. Nuestros osos y *chasers* están vestidos como albañiles, obreros de la construcción, o con playeras negras y camisetas, de colores oscuros, *jeans* desgastados, invirtiendo las lógicas del género, o por lo menos su representación más común, como los más rudos y machistas del espectro del mundo del trabajo; el artista Tom of Finland es un paradigma de esa inversión.

Esta masculinidad bien puede ser importada, pero también ser endémica; de hecho, tenemos nuestra versión “vaquera”, pues México ha sido símbolo de lo masculino en sus canciones y películas, y en sus revoluciones. Vaqueros no es sólo el nombre de un antro en la avenida Florencia en la Zona Rosa; es otra forma que busca ser una clasificación identitaria de varones homosexuales, con una edad que fluctúa más o menos los treinta años. Gustan de la música norteña, de banda, y de sus atuendos; comparten con los osos el aspecto varonil, “son hombres que les gustan los bien machos”.

Seguí mi ruta por los *trailers* y me pregunté dónde estaban las organizaciones de derechos humanos, las mujeres feministas-lésbicas... las otras familias. No podía ser que todo fuera antro “ni hombres bien hombres, buscando a otros hombres bien machos”. Estos dos ejemplos, los osos y vaqueros, resultan interesantes, pues la homosexualidad, en el imaginario de la masculinidad hegemónica,<sup>7</sup> es un depósito de todo lo que es simbólicamente rechazado, lo femenino en lo varones. Éstos son los estereotipos continuamente mostrados y descritos en medios y también en el humor de la misma comunidad homosexual, oscilando de un gusto fastidioso por la decoración al placer receptivo anal (Pollak, 1987).

Y era cierto, los que caminaban en conjunto por las calles desde Reforma al Zócalo eran miles de hombres y mujeres, tal vez

<sup>7</sup> En el sentido de R.W. Connell: desde el punto de vista de la masculinidad hegemónica, la homosexualidad se asimila fácilmente a la feminidad. Y por ello —de acuerdo con el punto de vista de algunos teóricos homosexuales— la ferocidad de los ataques homofóbicos (Connell, 2003: 119).



5. El grupo de los vaqueros.

parte de la llamada diversidad sexual. La caminata fue larga y en el Zócalo esperaba un *show* como final. Sin embargo, con el correr de las horas, pues ya casi eran las cinco de la tarde, muchos de los marchistas buscaban reponerse del cansancio en los bares y las taquerías del centro histórico, antes de prepararse para salir otra vez en la noche a continuar la celebración.

Varias cosas siguieron llamando mi atención, como las pocas parejas tomadas de la mano, hombres o mujeres. ¿Sólo el poliamor está de moda? Y mientras pensaba que esta ciudad es pionera en América Latina en las uniones civiles y el matrimonio igualitario, en los efectos e impactos de las familias homoparentales en México y el resto del mundo. Había pocas organizaciones de mujeres lesbianas, feministas. Y en general pocas pancartas que tuvieran un contenido político de derechos, es decir, algo más militante.

Me sorprendió la entrega masiva de condones, como si el deber del día y de la noche fuera el encuentro sexual (“a coger que el mundo se puede detener”), frivolisando los impactos negativos y



6. La presencia de las familias diversas.

de estigmatización del VIH/SIDA en la población homosexual. Esta distribución de preservativos a diestra y siniestra, vista desde las organizaciones en las que participaba en Chile, es muy criticada. Para los chilenos la mejor estrategia para incidir en el trabajo preventivo del VIH y de las infecciones de transmisión sexual era la conversación en talleres, no tirar los condones al cielo como “monedas”.

Contrastando con esta lluvia de condones, que al parecer buscaba prevenir de manera superficial los estragos de una tarde llena de sexualidad desbordante, participaba una organización de personas y voluntarios para la prevención del VIH/SIDA, la mayoría jóvenes que no pasaban de los 25 años, con los cuales conversé un par de minutos sobre su experiencia en estas marchas, los cambios que se habían dado, los discursos en torno a la prevención, y también si había más organizaciones de esa índole en la marcha, ya que algunas publicaciones conocidas, como *Letra S*, sí cuentan con una historia en ese campo de discusión. Me dijeron que no lo tenían muy claro, y creo que el VIH y las reivindicaciones de la sociedad civil VIH organizada no estaban presentes. Aunque todos querían tener un recuerdo de latex y lubricantes de esta fiesta, no

todos deseaban recordar los discursos estigmatizantes y muchas veces de terror que acabaron por demonizar y relacionar el SIDA con la homosexualidad, de lo que ha tomado varias décadas desprenderse.

También presente, pero sin la estridencia de los antros, estaba un *trailer* de una agrupación llamada Familias Diversas, al parecer madres y hermanas, y algunos padres que también participaban, con globos y pancartas acompañando a sus hijas e hijos en esta ruta, rompiendo así con uno de los capítulos más delicados y complejos en la vida de todo hombre y mujer adolescente que alguna vez tuvo esa valentía, y ese miedo, de enfrentarse a la familia de origen y revelar ese secreto: la salida del clóset. La expresión de ese secreto, como un hito en la trayectoria de vida en esta comunidad, que tiene también como coprotagonista a la familia de origen. Con el tiempo esto se ha hecho menos doloroso, al parecer, en un contexto cultural más inclusivo, tanto que hasta los canales públicos de televisión dedican en México espacios para el cine sobre el tema. Esos espacios han ayudado a sensibilizar también sobre estos procesos, nunca fáciles, trágicos especialmente para las generaciones que sólo conocieron los lugares más oscuros de la clandestinidad sexual.

Celebrar es necesario. Hay muchas cosas que se han ganado, sin darnos verdadera cuenta. Creo que faltan muchos y muchas; a esta fiesta no han llegado todos y todas; o quizás se han ido y no han querido participar, a pesar de que estaban las organizaciones de familias diversas, a pesar de la presencia casi sagrada de los *muxes*, que celebraban con sus adornos y vestidos también la religiosidad guadalupana, una característica idiosincrática profunda. La imagen de una virgen, madre, protectora, se contrapone al parecer a un dios masculino. Es una diosa más inclusiva.

Lo narrado hasta aquí es una pequeña parte de la investigación que estoy realizando, como sujeto y objeto de investigación. Qui-



7. El avance de los *muxes*.

zás uno de los hallazgos de este mismo camino es mi encuentro como sujeto homosexual chileno con un espacio, la Ciudad de México, al parecer más abierto a la expresión pública de las identidades de género y sexuales de la comunidad lésbico-gay.

En este tiempo individual y social en el que me sitúo sigue llamándome la atención el espacio simbólico, social y geográfico que se ocupa y se intenta llenar. La segmentación y la segregación de los barrios y antros, el espacio cultural del relato homo-erótico, no sólo en la literatura y la crónica urbana, sino también en la programación de la televisión cultural. La marcha del orgullo gay con todo el colorido, el desplante y la desazón que producen las disputas entre los organizadores y las organizaciones de la sociedad civil. Los mitos acerca del último vagón del metro como lugar de encuentro público y clandestino a la vez.

En este acercamiento me he encontrado con varones y mujeres homosexuales que en su multiplicidad de circunstancias y posiciones sociales ven en la Ciudad de México un espacio de libertad, un mundo para construir una vida quizás menos presionada para

decir, para señalar de manera amplia y profunda, lo que es la experiencia homosexual.

Si bien esta experiencia de la libertad se vive de manera diferenciada, naturalizada al parecer en los varones más jóvenes, la Ciudad de México sigue pensándose como un lugar de excepción, en el sentido de que las grandes ciudades, las metrópolis, han proporcionado el anonimato que ha hecho posible construir estrategias para vivir la vida privada de manera pública, en un doble juego de visibilidad invisible.

Como conjetura, el VIH/SIDA deja de ser una marca de la comunidad, a pesar de que las estadísticas epidemiológicas aún se concentran en la población masculina con prácticas homo-eróticas. El matrimonio homosexual como política tuvo al parecer un efecto desestigmatizador, más que regulador, de las uniones entre personas del mismo sexo. Su impacto sobre la legitimidad social de las identidades de la comunidad LGBTTI es mayor, aunque esto tiene sus matices, contradicciones continuamente presentes en lo social.

Quizás se piense que las marchas del orgullo gay reúnen a toda la diversidad presente en este tejido. Ciertamente, a algunos de los integrantes de esta misma población la marcha les parece una payasada “gringa”, una fiesta, una celebración sin contenido. Como punto de partida, claro está, no se puede negar su origen desde otro *locus* cultural; sin embargo, desde mi punto de vista, muchas veces se pierde la noción de tiempo y proceso, tal y como se diluye la espacio-temporalidad de las prácticas, debido a la espontaneidad del registro. La marcha, colmada de elementos identitarios, políticos, de acciones y estrategias, de actores y organizaciones, representa un hito, es un escenario de diversas tensiones y parte de un sistema mayor de relaciones sociales.

La marcha no puede resolver la problemática de la desigualdad; más bien condensa de forma quizá teatral una de las dimensio-

nes del campo de disputa del género y las sexualidades. A partir de una integración social más profunda, de la interiorización y consolidación del ejercicio de derechos, y en particular de los llamados derechos económicos, sociales y culturales, esta y otras expresiones no sólo son espacios de fiesta y diversión, sino una manera de existir en el espacio social.

#### A MANERA DE CIERRE

En el ejercicio aquí expuesto intenté describir analíticamente un hito en la densa trama social que relaciona la experiencia homosexual con la conformación de un agente que disputa el espacio público como un espacio político y simbólico de las representaciones y prácticas de la comunidad LGTBTTI.

La marcha del orgullo gay puede ser comprendida en diversas dimensiones, todas entrelazadas a un hilo conductor que articula la interioridad de las estructuras simbólicas y de poder que rigen el género y la sexualidad con el movimiento estratégico de lo íntimo hacia una cuestión política identitaria, en función del reconocimiento de los derechos en su ejercicio de lo público y la irrupción de esas identidades como soporte y fundamento de una ciudadanía compleja que disputa y configura el espacio público y social a través del tránsito, la visibilidad y la apropiación del campo urbano.

Estas tres dimensiones de tejido complejo que intenté abordar y comprender: lo subjetivo, la identidad y el ejercicio de apropiación de lo público, forman parte de un engranaje y de un proceso lento pero permanente cuya dinámica siempre diversa, hecha a diferentes niveles, no puede condensarse en un solo movimiento dentro del juego social. Necesitan rearmarse en un sinfín de prácticas y estrategias que van intersectando cada uno de los componentes que hacen de lo social un sistema de reproducción,



entendido como un sistema de relaciones de poder dinámico socio-espacial y temporalmente situado.

En este sentido, las identidades que devienen en ciudadanías en tránsito permanente, cuya intersección entre las sexualidades, prácticas culturales, ejercicios de políticas de identidad, agregados sociales de clase, etnias, se han fracturado, produciendo grietas y pliegues entre las herméticas divisiones de lo privado y lo público, intentando recomponer de cierta manera tanto las posiciones de poder dentro de lo urbano, a través de las luchas por el reconocimiento tanto de la subjetividad, como el despliegue de lo diverso en un espacio público siempre en disputa.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRIENTOS DELGADO, Jaime (2015). *Violencia homofóbica en América Latina y Chile*. Santiago de Chile: Editorial Desconcierto.
- BOURDIEU, Pierre (2004). *El baile de los solteros*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, Pierre, et al. (2010a). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BOURDIEU, Pierre (2010b). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- CÁCERES, Carlos F., Timothy Frasca, Mario Pecheny, Veriano Terto Júnior, eds. (2004). *Ciudadanía sexual en América Latina. Abriendo el debate*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.
- CONNELL, R.W. (2003). *Masculinidades*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género.
- DEHESA, Rafael de la (2015). *Incursiones queer en la esfera pública. Movimiento por los derechos sexuales en México y Brasil*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género.
- DIEZ, Jordi (2015). *The Politics of Marriage in Latin America: Argentina, Chile and México*. Nueva York: Cambridge University Press.
- ERIBON, Didier (2000). *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama.
- FRASER, Nancy (2012). *Escalas de justicia*. Barcelona: Herder
- GALLEGO MONTES, Gabriel (2010). *Demografías de lo otro. Biografías sexuales y trayectorias de emparejamiento entre varones en la ciudad de México*. México: El Colegio de México.

- GARCÍA SALORD, Susana (2012). “La violencia simbólica: Aportación de Pierre Bourdieu para comprender las formas sutiles e inadvertidas de dominación”. En *Reflexiones sobre la violencia escolar*, coordinado por Alfredo Furlán, 114-143. México: Siglo XXI Editores.
- GARCÍA SALORD, Susana (2014). “Algunas claves analíticas para superar el intuicionismo ingenuo y la sociología espontánea”. En *Escucha de la escucha. Análisis e interpretación en la investigación cualitativa*, coordinado por Manuel Canales, 319-350. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- GEERTZ, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- LAGUARDA, Rodrigo (2010). *Ser gay en la ciudad de México. Lucha de representaciones y aproximación a una identidad, 1968-1982*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/ Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- LAGUARDA, Rodrigo (2011). *La calle de Amberes: la gay street de la ciudad de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- NÚÑEZ, Guillermo (2000). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. México: Universidad Nacional Autónoma de México- Programa Universitario de Estudios de Género.
- NÚÑEZ, Guillermo (2007). *Masculinidad e intimidad. Identidad, sexualidad y SIDA*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género/El Colegio de Sonora.
- OSORNO, Guillermo (2014). *Tengo que morir todas las noches. Una crónica de los ochenta, el underground y la cultura gay*. México: Penguin Random House.

- PARADA HOYL, Jaime (2013). *Yo gay. Un relato personal sobre la homosexualidad en Chile*. Santiago de Chile: Ediciones B.
- PLUMMER, Ken (2003). “La cuadratura de la ciudadanía íntima. Algunas propuestas preliminares”. En *Sociología de la sexualidad*, compilado por Raquel Osborne y Óscar Guasch, 25-50. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo XXI de España Editores.
- POLLAK, Michael (1987). “La homosexualidad masculina o: ¿la felicidad en el ghetto?” En *Sexualidades occidentales*, de Philippe Ariés, André Béjin, Michel Foucault y otros, 71-102. Buenos Aires: Paidós.
- SCHUESSLER, Michael K., y Miguel Capistrán, coords. (2010). *México se escribe con J. Una historia de la cultura gay*. México: Planeta.